

ENTREVISTA

**«En antropología
los juicios de valor
no existen;
hay juicios de realidad »**

DANIEL VIDART (realizada en julio 2009)

Por Gerardo Mantero & Luis Vidal Giorgi.



Daniel Vidart nació en Paysandú, su origen y su conocimiento del campo lo hacen definirse como un paisano ilustrado. En Montevideo estudia antropología y comienza una amplia actividad docente y de investigación en nuestro país, en Chile y Colombia.

Por su labor fue premiado con el Bartolomé Hidalgo y el Morosoli de Oro. Recibió, además, el reconocimiento del Ministerio de Educación y Cultura «por su contribución al rescate y juicio de valor de las raíces de nuestra identidad». Parte medular de la entrevista que transcribimos a continuación versó sobre los distintos elementos que incidieron en la construcción de esa identidad, y también acerca de las múltiples derivaciones y ramificaciones que emanan de un discurso que incorpora la historia, la filosofía, la antropología, la actualidad política, hasta llegar al tema de su último libro, «Cuerpo vestido, cuerpo desvestido. Antropología de la ropa interior femenina».

-Usted trabajó el tema de la conformación de nuestra identidad desde varios ángulos: la historia de los charrúas, el gaucho, las corrientes inmigratorias...

-He llegado a la conclusión de que lo de la identidad es una construcción que ha surgido, de alguna manera, como el furgón de cola de la globalización. La globalización homologó muchos aspectos de la vida contemporánea, no solamente en la tecnología, sino en la ideología y en las cosmovisiones. Entonces, en cada país, no solamente en Uruguay, ciertos grupos tuvieron una necesidad profunda de buscar las raíces y, a veces, al buscar las raíces, se tergiversó la cosa. ¿Por qué digo esto? Porque si bien estamos en América y el dueño de América era el indígena, él no era autóctono absoluto porque vino de Siberia, pero de cualquier manera se podía decir que era un nativo. En este país hubo un movimiento charruista muy pronunciado, eran una tribu nómada y en todas las regiones donde han existido eran combatientes. Entonces a mí me interesó mucho el tema de la identidad, porque yo me defino siempre como un paisano con lectura. Tengo la suerte, yo la llamo así, la ocasión, de haber conocido bien el campo, sobre todo el campo ganadero, y la ciudad. Si bien está el mismo guía desde el punto de vista demótico, tienen una profunda raigambre en la vieja cultura popular, fundamentalmente la española. Entonces, al exagerar el tema charrúa, se ha olvidado que fueron más importantes, que fueron más y que perduran y están entre nosotros, los negros. La negritud e indianidad en países del Río de la Plata son muy distintas a las de un país andino. En Perú los indios están arriba, ciertos indios, los indios aymara, quechua. Pero si tú vas a la parte de los chunchos, en Perú, les llaman de una manera muy curiosa: llaman la montaña a la selva. Ahí están otro tipo de indios. Entre ellos se decían «los de allá arriba», despectivamente, «los indios desvestidos», «los indios desnudos». Se marca la diferencia porque llevamos ropa, se indica que tenemos otra concepción del mundo... Se plantea el tema del otro. Entonces yo forjé dentro de mi metodología una especie de cuadrículado, si se puede llamar así, sobre no compartimentos

estándar. Un muchacho de una estancia de Paysandú es absolutamente distinto en su concepción del mundo, en su lenguaje, en su trabajo, al muchacho de Pocitos. Dentro de Montevideo, la periferia, lo que ahora se llama eufemísticamente asentamientos, los cartegriles o las villas miserias en Argentina, las callampas en Chile -¿sabés lo que quiere decir las callampas? Hongos, salían de un día para otro-, las favelas. Entonces advertí que, si bien en determinado instante hubo una fusión triétnica y una serie de comunicación horizontal entre la gente; originalmente había un tercio de negros y un tercio de indios. Pero no charrúas, porque en el año 1763 se rompen las Misiones, la real pragmática de Carlos III, y salen quince mil para la mesopotamia argentina, se instalaron en Corrientes y en lado guaraní; y quince mil para la Banda Oriental que naturalmente eran mucho más que los límites de Villa Morón. Pero esos guaraníes predominaron enormemente sobre los charrúas. A tal punto predominaron, que cuando celebramos a Tacuabé estamos celebrando a un guaraní. Guyunusa era guaraní. Ellos fueron bautizados en la Iglesia de Paysandú.

-Justamente, Julio María Sanguinetti salió a polemizar sobre este tema recientemente, sobre lo que él llama una corriente de exaltación sobre el legado charrúa, diciendo cosas como, por ejemplo: «No hemos heredado de este pueblo primitivo ni una palabra de su precario idioma, ni el nombre de un poblado, de una región, ni aun un recuerdo benévolo de nuestros mayores españoles criollos jesuitas o militares, que inevitablemente los describieron como sus enemigos en un choque que duró más de dos siglos y los enfrentó a una sociedad hispanocriolla que, sacrificadamente, intentaba asentar familias y modos de producción para incorporarse a la civilización occidental a la que pertenecemos». ¿Cuál es su opinión al respecto?

-Mira, yo a Sanguinetti lo conocí haciendo novio con Martha Canessa. Desde ese entonces somos amigos a pesar de que haya algunos pozos. Hasta hace poco venía a conversar conmigo y hablábamos de muchas cosas. Generalmente no tocábamos la política uruguaya. Sanguinetti tiene buena lectura y una gran inteligencia, sin duda alguna. Conversamos y ha ido a conferencias mías acerca de los indios del Uruguay. Coincidimos en una cosa y es en el papel que tuvieron al lado de Artigas, integrando la guardia de hierro de Artigas en la lucha contra los portugueses, en la que había de veinticinco a treinta charrúas. Los charrúas acompañan a Artigas porque fueron sus compañeros de contrabando de alguna manera; de algún modo, también, no están cumpliendo con lo que el antropólogo ha visto y la lógica etnográfica o etnológica exige, que son los ideales de una tribu que apoyó a Artigas por su ideario. De ninguna manera, apoyó porque tenían la certidumbre de que les iba a dar al norte del Río Negro, buenas tierras para que ellos pudieran nomadizar. Cosa que era imposible, porque estaban rodeadas por estancias. Ahí estaban las posesiones de los Artigas, pero habían estancias sin alambrado y el ganado era itinerante. La queja de los estancieros, que resonó mucho, era porque los charrúas eran los dueños de esta tierra y de Entre Ríos, Santa Fe, Provincia de Buenos Aires y del sur de Brasil. Entonces, el tema se entabla dentro de lo que el doctor Sanguinetti piensa sobre la figura de Rivera, fundamentalmente, y la matanza de no más de ciento cincuenta charrúas. Y yo poseo el enorme privilegio de que en la estancia de mis abuelos, en Paysandú, fue a dar un charrúa que había estado en la Cueva del Tigre y en Matajojo. Estaba lleno de costurones, tenía ochenta años, le decían Tiburcio, pero no era su nombre. Lo encontró mi abuelo cuando lo querían achurar en un boliche, mi abuelo era juez de paz y se lo llevó a la estancia, que no era de él sino de los Marote, que fueron personas de renombre e inclusive servían con Rivera entre los militares. Entonces este charrúa le contó a mi abuela, y eso se transmitió a mi padre y de mi padre a mí; que Lavalle, quien nunca fue nombrado, le echó encima a los guaraníes. Y que mataron tantos guaraníes que habían hecho hasta murallas de contención con los cuerpos de los guaraníes. En el combate de Yi, en el año 1702, hacen una matanza de charrúas. Los mil guaraníes -como dice la crónica- convocan el fuego, los acorralan y matan como a quinientos. Y a las chinas y a los niños los llevan para Buenos Aires. Los charrúas del año 1831 no eran los que encontró aquí Solís. Porque a Solís no lo mataron los charrúas. Si ven ustedes con atención el diario del segundo de Solís, fue al sur de Martín García. Y al sur de Martín García está el delta del Paraná y ahí vivían los guaraníes y ahí lo comieron, lo mataron. Y está perfectamente bien dicho en el diario que tenía Solís, y consultó Herrera, que bajaron siete hombres con la intención de llevar uno a bordo para convertirlo en lenguaraz, como siempre hacían, de que quisieron echar mano a un hombre y lo mataron. En el paleocriollo aparece lo que le dije, aquella mezcla triétnica de la Banda Oriental - por otra parte, pocos saben que la Banda Oriental, cuando fue nombrada por primera vez,

empezaba del otro lado del Paraná, no del Uruguay-. Se podía encontrar negros cimarrones, no hay una esclavitud semejante a la de las plantaciones aquí. Hay algunos en las estancias, muchos en la ciudad. Pero el negro en Montevideo y en el Río de la Plata, como dice muy bien un jesuita, yerba son; era el que hacía todo, el que levantaba las casas. En uno de los libros de historia argentina se dice que un vecino de Buenos Aires levantó pleito a otro porque «dicen que yo trabajo». Trabajaban los negros, solamente los negros. En ese momento se crea, evidentemente, un sentido del nosotros. El sentido del nosotros se convierte en la gesta de Artigas en algo peculiar, porque Renal dijo, y no puedo olvidarlo, que la nación adquiere conciencia de sí misma durante las grandes desgracias colectivas: cuando tienen que defender un territorio y saben que van a ser degollados, pasados a cuchillos, como sucedió con Artigas, que está bajo tres fuegos: españoles, portugueses y porteños. Hay un larvado sentido del nosotros, no de nación todavía, no hay nación, hay un nosotros: nosotros los que estamos en esta tierra, los hijos de la tierra, etcétera. En un segundo período, que podríamos llamar tal vez neocriollo, se produce, después de la Guerra Grande, la gran inmigración transatlántica: los hijos de gallegos, los Vidart, los vascos. Los que primeros llegan acá son los vascos. En el año 1836 llega mi abuelo Jean Pierre con diecinueve mil vascos de Iparralde. Vinieron muchos vascos antes de la Guerra Grande. Luego de ésta se produce el malón gringo.

-Pero el cuestionamiento de Sanguinetti tiene que ver también con mitigar un poco la imagen que dejó Rivera por el episodio de Salsipuedes.

-Naturalmente, porque ya venía madurando la idea de matar a los charrúas. Lo había dicho Lavalleja, lo habían dicho otros...

-Presionado por los estancieros...

-Fundamentalmente por los estancieros, porque les estaban comiendo las reces. Y hacían malones, atacaban las casas. Estaban en su derecho, habían invadido su territorio. Desde que pisaron aquí los españoles estaba sellado el destino de indígena nómada. Entonces, el doctor Sanguinetti tiene una especial reverencia por Rivera, que es un hombre de claroscuros. Es un hombre que tiene, evidentemente, desde el punto de vista histórico y para aquel tiempo, el mérito de ser un gran conocedor de la campaña, de ser un paisano ampliamente querido, de haber sido un padrillo impresionante, porque nomás se decía que tenía mil hijos, que eran mil ahijados; eran todos ahijados. Y Don Tomás Berreta lo defendía de una manera muy particular: generoso con lo suyo y con lo ajeno. Pero claro, blancos y colorados se están peleando por lo que pasó en Monzón. Hay cosas de nuestra historia que aún no se han esclarecido bien, ¿verdad? Porque el partidario ha escrito dos historias, así como ahora hay dos demonios, hay dos historias: la blanca y la colorada. Y se dan de golpes.

-Hay un historiador blanco, Pelfort, que dice también que a Rivera los estancieros le dieron dinero para que mandara a los charrúas a la Patagonia, y que Rivera se gastó ese dinero.

-Mandaron algunos a la Patagonia, y los que estaba en la Patagonia terminaron en Inglaterra, pero eran poquitos. Entonces, volviendo a la pregunta de ustedes, pasamos del paleocriollismo, que es un invento mío, al neocriollismo, donde se da un fenómeno muy particular; y entro en el territorio que ustedes querían. Los inmigrantes y los hijos de inmigrantes se van a encontrar, a partir sobre todo de los años '70 y '75, con la peregrinación de los campos, con el éxodo de aquellos hombres y mujeres que vivían en la estancia, los puesteros que eran los límites vivientes de las haciendas, los viejos, los domadores. Toda aquella gente, que no permitía la explotación de una usina, a un lord. Es decir, ustedes recordarán que en determinado momento a la estancia la tecnifican para que, en vez de ser un ganado ordinario, pueda darse un ganado exportable, y en eso están los ingleses. Justamente, en este libro que yo publico ahora, que sale mañana y se llama «Los fugitivos de la historia», dedico un lago capítulo a Hudson, a la épica y la hípica en «The purple land», porque es interesantísimo ver el papel que tuvieron los estancieros ingleses refinando el ganado.

-«La tierra purpúrea» es un gran retrato de esa época...

-Es un retrato interesantísimo justamente del campo uruguayo. Otra cosa que me sulfura mucho es un término que utiliza mucho Borges, lo digo siempre, y es que se adjetive de inglés a Hudson. Sus papás eran norteamericanos, estuvo treinta y tres años en Argentina. Era argentino hecho y derecho. Entonces, vuelvo y digo que se encuentran en los arrabales de la

ciudad dos desterrados, los que venían del campo y los que venían a través del Atlántico, de la pobreza, huyendo del servicio militar, de la superpoblación y de un montón de males, que estaban incentivados también por aquel sueño de la edad de oro trasladada al futuro, que era hacerse la América. La América era la tierra del dinero, del rápido prosperar y, naturalmente, era un norte en el cual intervinieron, como siempre intervienen y poco se dice, los traficantes de hombres. Y en el encuentro que hacen en las orillas estas dos humanidades que han perdido de alguna manera el paisaje materno, que han perdido la visión del vecino, del pago algunos y otros de il contadino, del amigo del paese, los gallegos, etcétera. Y entonces se da un fenómeno curioso: no pueden reconstituir de manera pública sus patrimonios intangibles. Si se pone a cantar una murgueira un gallego, se ríen de él. Si un italiano canta una canzonetta, lo hará en un grupo de italianos. Y es en ese escenario que nace el tango. El tango nace como danza. ¿Y quiénes son los que van a abrazarse, a olfatearse, a mirarse en los ojos? Las chinitas de pelo negro, las morochas, y los pelo fritos, los pelo rojo, los ojos azules de los italianos, de los gallegos, etcétera. Todavía no se saben comunicar verbalmente, pero lo cuerpos están juntos, sudan juntos, se rozan y tienen una convivencia tan especial que encuentro al tango-danza como un gran puente entre dos etnias.

-Pero, para redondear lo anterior, ¿existe un legado charrúa?

-Sí, hay un legado que es intangible y que es un mito. Se legó como un mito, es decir: el coraje charrúa.

-Por ejemplo, en su libro «El rico patrimonio de los orientales» plantea que hay civilizaciones del tener y otras del ser. Que las civilizaciones de economía centralizada, con desarrollo de leguajes artísticos, fueron más fácilmente conquistadas y que los nómades, como el caso de los charrúas, fueron de más difícil dominación.

-Pero tenían un tesoro realmente desconocido que están rastreando algunos y piensan que es charrúa, que era su concepción del mundo. Tenían sus dioses, tenían sus ceremonias de paso, tenían sus concepciones del hombre y de la mujer, tenían una visión de la vida cotidiana. Pero no había una tecnología lo suficientemente significativa, fuera de las muy buenas boleadoras y rompecabezas que dejaron, que justificaran una arqueología brillante, ¿verdad? Ese coraje charrúa, ese sustrato charrúa, evidentemente que quedó en los genes; pero mucho más lo guaraní. Los muchachos que se inclinan, antropólogos que yo respeto mucho, por creer que hay en la composición genética del uruguayo una proporción alta de genes indígenas, se olvidan de los guaraníes; no se trata de charrúas, ni de muchos guaraníes....

-Ahora, otro elemento fundamental en la construcción de nuestra identidad que usted también ha estudiado es la incidencia del gaucho.

-Sí. Gaucho es una mala palabra, ladrón de ganado, como hombre lejos del rey y de la ley, como gente que agarró las cuchillas y contrabandea. La economía del gaucho no se realiza dentro de la estancia. Se realiza mediante el contrabando de ganado o la cuereada. Ellos, de alguna manera, tenían plata para jugar al monte, tenían plata para tomar ginebra, tal vez no mucha, pero no eran como los indígenas, ajenos a la economía de mercado. Aunque llega un momento en que el indígena se incorpora a la economía de mercado. El gaucho aparece a fines del XVIII, y hay una serie de hipótesis acerca de dónde deriva el vocablo: gauderio, guacho. Cada vez que llegaba aquí un barco, desertaban más de diez marineros que se iban al norte de Maldonado, donde había una especie de república de los gauchos y donde estaba justamente, anteriormente, en la época de los jesuitas, la gran concentración de ganado. Se forma un grupo de forajidos, se les llamaba, antes de que apareciera este nombre, los desgarrados, si se escapaban de las ciudades; los mozos perdidos; los vagabundos, y hay otros más. Es un fenómeno común en todo campo ganadero. De la misma manera que se forjó aquí el gaucho, al margen y a la espalda de la ciudad, si nosotros vamos a Texas, por ejemplo -es el tema que yo estudié en el último de mis libros- encontramos el cowboy, el muchacho vaquero, que tiene un parecido determinismo cultural. Es gente de a caballo, gente libre. El hombre de a caballo ve más lejos y está más alto que los otros hombres, y los puede atropellar. Y el hombre hípico es un épico también. Es un alzero, es un combatiente. Cosa que pasa con los charrúas cuando dominan el caballo, éste se convierte en un arma terrible.

Entonces, voy a ir al segundo período. El neocriollo, que tiene un tinte fundamentalmente suburbano, donde se acuna el tango, que tiene tres etapas. El tango-danza surge cuando han

sido asimilados los hijos del inmigrante y ya se incorporan a la etnia o la cultura o subcultura nacional, y es necesario expresar todos los pesares, las tristezas, las anécdotas del pueblo llano. Y aparece como por necesidad, como por destino manifiesto, la letra del tango, que es toda una comedia humana, se le canta a todo, absolutamente a todo. Y hay dos o tres tipos de letristas, hay algunos como Discépolo, Mansi, que son realmente pensadores o poetas. Hay otras letras chabacanas, otras muy sencillas. Si escuchás «La morocha» verás que es un tango sumamente sencillo, y tú vas a «Cambalache» y es otra cosa, y «Sur» es otra cosa. Yo siempre hablo del tango rioplatense, lo que pasa que en Argentina había más plata y se chupaban a todos los tangueros uruguayos. A este muchacho Canaro, que nace en San José, se lo llevan los argentinos. Hubo tres ciudades fundamentales, porque hay una ciudad que no nombran nunca aunque hay un tango que lo recuerda, la rosarina. Rosario, Buenos Aires y Montevideo son las tres cunas del tango y allí nace simultáneamente. En los trinquetes, las tangueras, las academias, los patios, corralones, aparecen aquellas orquestitas que tocaban de manera casi folclórica, diría. El tango-danza se trata de algo verdaderamente hermoso y difícil, sumamente plástico, con un encanto muy particular.

-El tango nació de esa mixtura que existió entre las corrientes migratorias que vienen y pasan a convivir en el conventillo. La emigración es otro de los guaraní. Los muchachos que se inclinan, antropólogos que yo respeto mucho, por creer que hay en la composición genética del uruguayo una proporción alta de genes indígenas, se olvidan de los guaraníes; no se trata de charrúas, ni de muchos guaraníes....

-Ahora, otro elemento fundamental en la construcción de nuestra identidad que usted también ha estudiado es la incidencia del gaucho.

-Sí. Gaucho es una mala palabra, ladrón de ganado, como hombre lejos del rey y de la ley, como gente que agarró las cuchillas y contrabandea. La economía del gaucho no se realiza dentro de la estancia. Se realiza mediante el contrabando de ganado o la cuereada. Ellos, de alguna manera, tenían plata para jugar al monte, tenían plata para tomar ginebra, tal vez no mucha, pero no eran como los indígenas, ajenos a la economía de mercado. Aunque llega un momento en que el indígena se incorpora a la economía de mercado. El gaucho aparece a fines del XVIII, y hay una serie de hipótesis acerca de dónde deriva el vocablo: gauderio, guacho. Cada vez que llegaba aquí un barco, desertaban más de diez marineros que se iban al norte de Maldonado, donde había una especie de república de los gauchos y donde estaba justamente, anteriormente, en la época de los jesuitas, la gran concentración de ganado. Se forma un grupo de forajidos, se les llamaba, antes de que apareciera este nombre, los desgarrados, si se escapaban de las ciudades; los mozos perdidos; los vagabundos, y hay otros más. Es un fenómeno común en todo campo ganadero. De la misma manera que se forjó aquí el gaucho, al margen y a la espalda de la ciudad, si nosotros vamos a Texas, por ejemplo -es el tema que yo estudié en el último de mis libros- encontramos el cowboy, el muchacho vaquero, que tiene un parecido determinismo cultural. Es gente de a caballo, gente libre. El hombre de a caballo ve más lejos y está más alto que los otros hombres, y los puede atropellar. Y el hombre hípico es un épico también. Es un alzero, es un combatiente. Cosa que pasa con los charrúas cuando dominan el caballo, éste se convierte en un arma terrible.

Entonces, voy a ir al segundo período. El neocriollo, que tiene un tinte fundamentalmente suburbano, donde se acuna el tango, que tiene tres etapas. El tango-danza surge cuando han sido asimilados los hijos del inmigrante y ya se incorporan a la etnia o la cultura o subcultura nacional, y es necesario expresar todos los pesares, las tristezas, las anécdotas del pueblo llano. Y aparece como por necesidad, como por destino manifiesto, la letra del tango, que es toda una comedia humana, se le canta a todo, absolutamente a todo. Y hay dos o tres tipos de letristas, hay algunos como Discépolo, Mansi, que son realmente pensadores o poetas. Hay otras letras chabacanas, otras muy sencillas. Si escuchás «La morocha» verás que es un tango sumamente sencillo, y tú vas a «Cambalache» y es otra cosa, y «Sur» es otra cosa. Yo siempre hablo del tango rioplatense, lo que pasa que en Argentina había más plata y se chupaban a todos los tangueros uruguayos. A este muchacho Canaro, que nace en San José, se lo llevan los argentinos. Hubo tres ciudades fundamentales, porque hay una ciudad que no nombran nunca aunque hay un tango que lo recuerda, la rosarina. Rosario, Buenos Aires y Montevideo son las tres cunas del tango y allí nace simultáneamente. En los trinquetes, las tangueras, las academias, los patios, corralones, aparecen aquellas orquestitas que tocaban de manera casi

folclórica, diría. El tango-danza se trata de algo verdaderamente hermoso y difícil, sumamente plástico, con un encanto muy particular.

-El tango nació de esa mixtura que existió entre las corrientes migratorias que vienen y pasan a convivir en el conventillo. La emigración es otro de los pilares para entender nuestra historia.

-Bueno, eso quería decirlo al principio. Creo que han influido mucho los medios para difundir un modelo fantasmal de identidad nacional, que no todos sienten. Evidentemente, yo he hablado mucho con italianos venidos en los años '50, judíos, gallegos... Hay un lenguaje, hay un paisaje materno, hay formas de decir, refranes, hay formas de pararse ante la vida. Yo me acuerdo del cocoliche, cuando los hermanos Podestá, se trataba de italianos que imitaban a los gauchos, «yo soy un gaucho...» De alguna manera se da un proceso de adhesión a la cultura y se da voluntariamente para hacerse inteligibles. Este fenómeno no se da, y lo estamos estudiando ahora, en el nuevo tipo de migración en Europa, donde hay un gravísimo problema porque se trata de gente que, dicen los europeos, se enquistan en guetos y tienen tradiciones completamente distintas, no quieren asimilarse.

-Hay dos grandes corrientes, la española y la italiana, ¿verdad?

-Fundamentalmente. Hubo una inmigración que se instaló en el Cerro, en la época de los frigoríficos, cuando vinieron eslavos, bastantes armenios, judíos de varios lados, polacos... bueno, los judíos son askenasi, los de Europa central; sefaradíes, los que salieron de España, y hay otras vertientes. Pero acá, de cualquier manera, se han asimilado; son uruguayos. Y me animaría a decir que los bisnietos de italianos son uruguayos también. Pero con la diferencia que establezco en un artículo de este libro. Los orientales y los uruguayos. Los uruguayos son el resultado de los inmigrantes que se juntan y que nos dan una visión distinta, no hablo de mejor o peor; en antropología los juicios de valor no existen; hay juicios de realidad. Uno describe una tribu caníbal y no dice «¡oh Dios, estos caníbales!». Tú estás tomando la hostia y el otro está comiendo el cuerpo de un valiente, y es lo mismo. Por un lado incorpora lo sagrado y por otro el coraje del otro. Los conceptos son relativos, ¿verdad? Los conceptos de vida, de muerte, son relativos. De manera, pues, que hoy día me está preocupando mucho -pero ya no voy a tener tiempo para escribir- el fenómeno actual de la violencia, el fenómeno actual de la pasta base, el vacío tremendo que dejó la dictadura...

-Dice el conocimiento vulgar que hay un carácter español y otro italiano, y que influyeron de manera distinta en ambos márgenes del Plata...

-Mentira. ¿Sabés cómo le dicen los del norte a los del sur? I negri... la influencia italiana la tienen los porteños, pero tú vas a una provincia, vas a Entre Ríos, y estás en Uruguay.

-Es verdad. ¿No hay relación en cómo se procesa la construcción de la política argentina y las conflictivas relaciones de la política en Italia?

-Eso es difícil de contestar. A mí no me gustan estas similitudes fáciles, porque en este momento en Europa hay un retorno del neofascismo muy serio, muy peligroso, si bien la historia no se repite exactamente tal como fue. Marx decía que primeramente se da como drama y después como farsa. El drama fue Mussolini y la farsa es Berlusconi. Pero los resultados se van acercando mucho, ¿no? Inclusive dentro de las democracias y las izquierdas, hay un duelo muy especial en sofrenar la opinión del otro, a través de intervenciones en la prensa, por ejemplo. En este momento tú lo ves en la otra orilla, hay intentos de acallar la prensa, como ha sucedido también en otros países que se proclaman socialistas. En fin... pienso que el difícil camino de medio de la democracia, que es tan imperfecto, siempre es más potable que un totalitarismo, sea de izquierda o de derecha. Marx se revolverá en la tumba cuando piense en Stalin. Se han desplazado en los grupos sociales y culturales desde el Asia hasta América en distintas oleadas. Y cada oleada conserva, a pesar de pasar por distintos paisajes, distintos climas, distintas formas de actuar frente a la naturaleza, todos los rasgos y complejos. No es así, yo no creo que el argentino de la Boca sea idéntico a un genovés actual. Me hace pensar un poco a la costumbre de darle fama a la acción del napolitano. Yo estuve en Nápoles y he estado en Génova también, y en Milán. El napolitano es de una violencia verbal terrible y, sin embargo, no pasó nada.

-El otro tema interesante es el de los problemas que nos plantea la posmodernidad.

-Ya Lipoweski plantea la hipermodernidad.

-Claro, porque pasó la posmodernidad, pero de alguna manera el punto de inflexión de la caída del mundo, del fin de los paradigmas...

...del gran discurso.

-Exacto, y parecería que no hay otra innovación en lo social que no sea en el área de lo tecnológico.

-De alguna manera yo he tratado de descifrar ciertas cosas y no he podido. Por ejemplo, los neoestructuralistas franceses, que me han preocupado mucho... Un antropólogo cumple con lo que decía Spinoza: no reír, no ponderar. Comprender. Ésa es la gran condición que tenemos que asumir los antropólogos, tratar de entender. Ni aplaudir, ni censurar de entrada, porque las culturas son muy distintas. Lo que en España era verdad, en Francia era mentira. Porque tú vas a otro lado y dices: «Esto es ridículo porque no es lo mío». Es decir, la otredad, la alteridad. Y lo que yo advierto de este país, y leyendo en general libros que han caído en mis manos, me han interesado ciertas novelas, es una especie de, como dice Bauman, liquidez. Y lo que yo noto en Uruguay, era lo que quería decir, y lo noté cuando me hice cargo de la Dirección del Departamento de Antropología, es la extraordinaria ignorancia que existe, el pozo, el agujero negro, acerca de un pasado bastante reciente. Pensemos en la dictadura. Se ha removido mucho el asunto, se ha publicado mucho libro. Los muchachos no leen, están chateando todo el día. Es decir que el ordenador, yo no le digo computadora -computer es contabilidad, tú ordenas pensamientos- es un verdadero cáncer. Y no lo digo desde el punto de vista peyorativo, sino en el sentido que les carcomió tiempo que se podía dedicar al deporte, a la amistad. Y lo que queda cuando se deja la computadora de lado es el viernes una borrachera con cerveza, y el sábado algo parecido. Yo he hablado con mucho muchacho. No tienen, como antes, aquel espíritu prospector: yo voy a ser tal cosa y me voy a romper todo para hacerlo. Y a mí me dicen «yo no sé lo que voy a hacer».

-Ahora, es interesante ver cómo rebota la posmodernidad en Uruguay cuando, por un lado, en los medios máximos de comunicación se da este tipo de cambio de comportamiento, el vaciamiento de los discursos y, por otro lado, uno escucha a un politólogo decir que Uruguay es el país de Latinoamérica que conserva más la fidelidad partidaria e ideológica.

-¿Uruguay? Yo creo sí. Dentro de los partidos tradicionales se está presenciando un fenómeno tan curioso como interesante, que es el resurgimiento de un político muy avezado como Lacalle, un gran político. A veces la dureza puede existir en planteamientos, por ejemplo, contra Mujica, que los he sentido. El otro día vino un señor corriendo a decirme en una reunión social: «Mujica no fue ni al segundo año de escuela». Y he leído la biografía de Mujica: él hizo preparatorios, hizo la facultad de Humanidades, recuerda con mucho cariño a Paco Espínola, ha estudiado, de manera que no tiene sólo segundo año de escuela. Que tú no estés a favor de su lenguaje, que de repente puede ser muy populachero, es otra cosa. Pero que es un político con un extraordinario carisma, lo es. Recientemente la gente de Océano me llamó para que hiciera un paralelo entre Mujica y Berreta. Don Tomás no fue a la escuela. La madre le enseñó a leer. Y un maestro jubilado que vivía al lado, Felipe Pagani, le enseñó las cuentas. Y cuando vino la quiebra o el quiebre del Banco Nacional en el '90, con quince años de edad, se hace tropero por todo el país. Cuando vuelve a la casa, por quince o veinte días, este muchacho preguntón que era don Tomás se hace amigo de un vecino muy rico, con una casa muy grande y linda -porque don Tomás no es de Canelones, nació en las quintas del alto Miguelete, cerca de Peñarol-, que era el dueño de las mensajerías fluviales del Río Uruguay y poseía una biblioteca extraordinaria, don Saturnino Ribes. Y don Saturnino le empieza a prestar libros; me lo contó a mí, yo estaba muy cerca, fui su secretario de la Presidencia. ... Leyó las «Vidas paralelas» de Plutarco, y se las sabía, la vida de Lincoln, que le interesaba enormemente. También estudió el tema del europeo a partir de la revolución francesa, leyó muchísimo. Pero sobre esas lecturas tenía don Tomás Berreta algo semejante a Mujica, que es el saber dónde se está parado. Él lo decía parodiando a Hegel, que después de clase se iba a tomar vino en el boliche, después que estaba borracho, parado, decía: él hombre tiene que saber dónde está parado. Y se sentaba o lo sentaban. Entonces, don Tomás tenía un conocimiento extraordinario del alma humana y un gran conocimiento del campo. Mujica se formó en el área del Cerro, un área rural. Pero yo tengo todos los libros que se han publicado en este tiempo, tengo tres libros sobre él, uno con

sus dichos, donde utiliza palabras muy semejantes a las de Berreta, respecto a la necesidad que hay de darle incentivos al campo para que se pueble. El éxodo rural ha sido implacable.

-Pero, ¿no es parte de esa perplejidad que instaura la posmodernidad el hecho de que en estas elecciones un ex guerrillero, granjero, sea candidato con muchas posibilidades a la Presidencia de la República; y que, por otro lado, en el Partido Colorado, en su peor momento, sea el hijo de un ex dictador quien lidere las encuestas?

-En Israel, En Sudáfrica -basta recordar a Mandela- también quienes fueron presidentes anduvieron a los tiros, estuvieron presos, eran terroristas...

-Hace poco tiempo hubiera sido impensable este fenómeno en Uruguay...

-Evidentemente. Pero el problema es que al hombre le dejaron hacer su discurso. Y en su discurso demuestra tener mucha cintura y mucho sentido común. Y lo digo al margen, porque yo lo conozco a él y a Lucía, y hablé con ella dos horas y media el otro día de muchos temas nacionales. Y él me nombró dentro del grupo de asesores junto a Renzo Pi, con quien son íntimos. Es decir, cuando yo pienso en Mujica estoy pensando en el país, en Uruguay, estoy pensando en las cárceles hacinadas, terribles escuelas del crimen, ¿no es cierto? Estoy pensando en la pasta base, estoy pensando en aquello que en algún momento se dijo: campos ricos en animales y pobres en hombres. De manera pues que estoy pensando en la educación. Se ha perdido algo que fue admirable desde el punto de vista didáctico y democrático, que es la escuela primaria. Todos usábamos un delantalito y una moñita azul. El hijo del rico, del pobre. No había enseñanza privada y estábamos todos unidos y teníamos un sentido muy especial del nosotros, eminentemente democrático. Y es eminentemente democrático un país en donde los políticos pasean por la rambla el perrito.

-Hay ministros a quienes se los ve en el supermercado sin ningún problema, en otros países eso sería inviable.

-Absolutamente. Yo creo que hay todavía unos destellos de democracia medular en Uruguay. Todavía queda una superestructura basada justamente en una infraestructura como fue el mundo del desganado, que es el mundo del que me da la gana, de la impuntualidad. Pero el mundo de la gauchada, del asado entre amigos, de la señora que le va a pedir un huevo a la de al lado y se lo da, de cierto sentido solidario, se va perdiendo. El barrio ha desaparecido. Quienes viven en un edificio de departamentos no se conocen, no saben quiénes son los que están junto. Y en campaña, a ocho kilómetros, tenés tu amigo, agarrás el caballo y lo ves dos veces por semana. Quiere decir que es un tema de ambiente. Nunca digan «el problema ecológico», porque la ecología es una ciencia y no se echa a perder nunca, estudia. El que se pudre es el ambiente. La ecología es una ciencia como lo es la demografía, y cuando hablamos de la demografía del Uruguay y leemos el trabajito de alguna demógrafa, eso es lo demótico, la cantidad de gente. La demografía es la disciplina que estudia lo demótico. Porque diciendo las palabras bien se construyen buenos conceptos, y el lenguaje justamente es uno de los temas que el posestructuralismo trabajó mucho, Kristeva y estas gentes han cifrado mucho el lenguaje. Imaginate, Levi-Strauss anduvo en eso... Entonces, no tengo en este instante la suficiente calle como para ver todos los fenómenos contemporáneos. Le estoy corriendo una carrera al tiempo, tengo ochenta y ocho años. En el mes de agosto nació Idea, en el mes de setiembre nació Mario y en el mes de octubre nací yo.

-Pero lo esencia de la filosofía es hacerse preguntas, interrogar la realidad.

-Cada filósofo se cree dueño de la verdad y contradice al otro, pero a muerte, hasta el fondo, hasta el hueso. Entonces, ¿qué significa lo que dice Platón, que viene Aristóteles y le da una patada y tira todo abajo? Y después vienen los estoicos, los neoplatónicos, los padres de la Iglesia y todos dicen cosas distintas. Molière, que era muy agudo, dijo lo siguiente: admiro a los filósofos por las razones que ponen en un discurso, pero cuando leo el sistema completo veo que no tienen en absoluto razón. Efectivamente, son seductores. Vendrá otro, porque la ciencia es como un tirabuzón. En cambio en la filosofía, con la excepción de Nietzsche, que era sistemático, lo que no cabía se cortaba y si era corto se tiraba. Yo leí a Hegel en Bogotá, los tengo a todos, me costó, me costó bastante. Pero después leí a Schopenhauer y luego leí otros filósofos posteriores: son mundos completamente distintos. ¿Quién tiene razón?

-En su último libro, que se agotó, usted comparte la autoría con Anabella Lois: «Cuerpo vestido, cuerpo desvestido. Antropología de la ropa femenina». ¿Qué lo motivó a hacer este libro?

-Fue un desafío de Alcides Abella y Banda. Porque yo hace tiempo le había dicho que esa tema me interesaba porque era un pretexto. Dentro de un gran contexto que era la mujer contemporánea, la flaca de la pasarela, puro hueso, con un mostrador y los ideales de belleza, de qué manera el cuerpo se adorna, cómo se visten, cómo se peinan, el respeto o irrespeto que se ha dado a la mujer. Hay un capítulo especial dedicado a cómo era la visión de los padres de la Iglesia... El propio Aristóteles decía que la mujer era un hombrecillo incompleto, que había sido concebida, en vez de el hombre, cuando soplaban vientos cálidos o en malas condiciones. Y lo que dice Nietzsche: cuando vayas a ver mujeres, toma el látigo. Entonces, a propósito de eso, hicimos una pequeña saga muy breve, pero muy bien recibida salvo por un crítico, novelista, que se enojó mucho porque no habíamos hablado de la ropa interior masculina. Y yo me sorprendí, porque habíamos puesto ropa interior femenina. Dijo que era un libro androcéntrico, pero como trataba de la mujer. Bueno, vamos a escribir ahora uno sobre la ropa interior.

-Ropa interior masculina...

-No, sobre la ropa interior, toda.